
TONTO EL QUE (LO) LEA

Raúl Guerra



«Tonto el que lo lea» es la pintada más bárbara que conozco, por premonitoria. Una y otra vez se anuncia la muerte del libro, en las tapias y en las revistas gráficas, los audiovisuales terminarán con el hábito de la lectura, dicen, pero el libro no se arredra y contraataca con furia de feria en feria, allí se enfrenta con los posibles lectores más acostumbrados a ver la tele que a visitar librerías y el problema

es averiguar si convence a alguno.

Me asombra la abundancia de libros por los stands del Retiro, miles. Con lo que me cuesta escribir una novela no lo entiendo. Me dice un crítico que la mayoría de las novedades parecen hechas en una semana con los libros leídos la semana anterior. Le contes-to que bueno, que cuando se copia de uno es plagio, pero

cuando se copia de muchos es una tesis doctoral.

Desde luego, pienso, la abundancia puede llegar a confundir e incluso a impedir el discernimiento personal, es lo que ocurre cuando la información se sobrepone a la formación, por eso alguien dijo que los libros famosos son aquellos cuyo argumento puede contar cualquiera sin necesidad de haberlo leído. Es muy difícil adivinar el contenido por el simple examen de título, portada y solapa y, sin embargo, así funcionan muchos análisis que sientan cátedra, pero al contrario sí que se puede definir a una persona por los libros que lee. Enséñame tu biblioteca y te diré quién eres. El libro es mi droga favorita. Por malo que sea siempre encuentro algo aprovechable; claro que, con más rigor, si no es digno de ser leído dos veces, la primera fue una pérdida de tiempo. No creo exista el hombre que sabiendo leer no pueda señalar, al menos, un libro que, de alguna manera, haya influido en su vida.

Pero, a veces, ocurren cosas tremendas. Se me acerca una señorita con el entusiasmo en los ojos y el Nadal en la mano:

—He leído toda su obra y tenía un interés loco en conocerle.

—Su amabilidad me confunde, pero encantado.

—Su prosa es mejor que la de Delibes.

—Por favor, no exagere.

—¿Me firma su Premio?

La angelical criatura me ofrece *Las Ninfas*. Uno es un caballero y sin perder la compostura dedica la novela con un «a mi encantadora asesina, Francisco Umbral». La moza ni pestaña, se va tan tranquila

No entendería mi vida sin los libros y, sin embargo, esto no es una cosa tan natural como yo supongo, sino todo lo contrario.

y me deja mirando con furia los títulos que se agolpan en la feria; cosas peores ocurren todos los días. Hasta la contestación contracultural puede ser una moda. En nuestra sociedad consumista la más provocadora de las obras se puede comercializar y así el gesto de rebeldía se institucionaliza. Quizá al escritor le sirva de catarsis, como una forma sucesánea de liberación individual, no lo sé, ni siquiera sé por qué escribo, cada vez tengo más dudas y quizá mi última seguridad sea la de que el mundo, todas las cosas y personas, existen para acabar convertidas en libro.

Lo malo es que no existen los lectores. En la entraña del español late un imperecedero odio al libro, un odio que sólo admite comparación con el rencor hacia el árbol. La quema de libros y los incendios forestales son dos actitudes equivalentes, las que conducen al bajísimo índice de letra impresa; pero, ¿de dónde procede este odio a la lectura?

Una mínima reflexión me descubre dos profundos estereotipos sociales. El primero

es la desconfianza y desprecio hacia una ocupación que no cubre ninguna de las virtudes viriles de una tradición eminentemente machista. Si en su día expulsamos a judíos y moriscos fue por la misma repulsa que al cristiano viejo le inspiraba el trabajo físico e intelectual, orgulloso de su pedigrí analfabeto. Si hoy aceptamos la «femenina» actitud pasiva ante la imagen de televisión es porque no nos obliga a ningún trabajo, preferimos la imagen ajena a la imaginación propia, el hombre no está hecho para trabajar. La prueba es que se cansa.

El segundo tic es la asociación del libro con el esfuerzo del estudio; de nuevo nos repugna la idea del trabajo, esta vez el escolar. Como siempre es en la enseñanza, en su ausencia, en donde radica el origen de nuestros males o virtudes raciales.

Pero también existen otros estereotipos, más frívolos, que se dan incluso en las personas que se autotitulan cultas porque tienen un título universitario colgado en su

despacho. Leer, por su rareza, da cierto prestigio social, y así el ejecutivo camufla su odio a la lectura con la urgencia de su vida sin saber que la prisa es el refugio del incompetente. Me dice uno:

—No tengo tiempo ni para leer una página.

—¿Has comido hoy?

—Sí, claro. ¿Por qué?

—Como no tienes tiempo...

Se enfadan mucho mis amigos con la pregunta de la comida. Es una impertinencia, dicen, pero ahí está el quid de la cuestión. Cuando se tiene una necesidad fisiológica se busca el tiempo necesario para satisfacerla.

A veces, en el colmo del absurdo, pontifican que los libros son caros, gentes capaces de pagarse una tribuna de fútbol y un whisky en la discoteca de moda. Los libros son caros, sí, bajo el punto de vista social, pero no admiten el agravio comparativo con otros bienes de consumo, pues un clásico no cuesta más que la entrada de un cine. En rústica, claro, algo que no adorna la estantería.

«Tonto el que (lo) lea». ¿Tendrá razón la abominable pintada? No lo sé, pero la verdad es que en este país odiamos al libro como a nosotros mismos.